

Más que una época, retrató toda una era

Visionario. No se limitó a describir el mundo con realismo crítico, sino que lo interpretó en las nuevas coordenadas de un absurdo intolerable y lleno de ironía

IÑAKI EZKERRA



No es casual que el adjetivo «kafkiano» haya trascendido del ámbito puramente literario para aplicarse a fenómenos de la política, a situaciones de la actualidad o a hechos de la vida cotidiana. Robert Musil supo reflejar en 'El hombre sin atributos' la descomposición del Imperio Austrohúngaro y Thomas Mann supo levantar acta en 'La montaña Mágica' del ocaso de las clases rentistas y de un modo de vida anterior a la Gran Guerra del 14. Pero Franz Kafka, el autor de cuya muerte ahora se cumplen cien años, fue más lejos que ellos: no se limitó a retratar una época sino toda una era: la que abarca el siglo XX y el tramo del XXI en el que nos encontramos. Esa capacidad visionaria reside en que aporta una amplia e inédita mirada que es esencialmente literaria. No se limita a describir el mundo que ve con un realismo crítico y enrarecido por el estilo, sino que lo interpreta en las nuevas coordenadas de un absurdo intolerable y no exento de ironía. Esa mirada capta no ya solo las crueles injusticias de la Revolución industrial, como Dickens, sino el alma fría, idiotizada, injusta, ritual y banal del nuevo mundo que nace. Capta el alma de la burocracia, que se manifiesta en una legalidad arbitraria, mortificante y sin rostro.

El novelista

Esos tres rasgos del sistema que desencadena y conforma la pesadilla kafkiana –la arbitrariedad institucional, su carácter degradante y la carencia de identidad del poder– son los que se plasman tanto en 'El proceso' como en 'El

castillo', pero en unas direcciones exactamente opuestas. En la primera de esas novelas, el individuo encarnado en Josef K. comparece como un sujeto paciente. Es el sistema el que acude en su busca: «Alguien debió de haber calumniado a Josef K., porque sin haber hecho nada malo, una mañana fue detenido». En la segunda, por el contrario, es el protagonista, K., quien va a la búsqueda del sistema, el que trata de acceder a la autoridad fantasmal que alberga una fortaleza y que rige sobre el pueblo en el que aterriza para desempeñar un modesto trabajo. En uno de los ensayos de 'El arte de la novela', Milan Kundera nos ofrece una lúcida y bella observación sobre esa modesta tarea profesional que reclama el K de 'El castillo' y que contrasta con el espacio infinito para la aventura que el género novelesco ofrecía en otros tiempos y que aquí habría quedado patéticamente reducido: «Ya no le promete el bastón de mariscal, apenas le promete un puesto de agrimensor».

En 'El desaparecido', la primera de las tres inconclusas novelas que escribió Kafka, y que durante años se editó con el título de 'América' que le puso Max Brod, el gran amigo del escritor, Karl Rossman, el protagonista, parece romper ese maleficio del estrechamiento territorial de la aventura cuando, con solo dieciséis años, es enviado por sus padres a Nueva York como consecuencia de la relación que ha mantenido con una criada y que ha derivado en el embarazo de esta. Sin embargo, todo el texto es una colección de situaciones calamitosas y hostiles. La propia autori-



La cita «Un libro debe ser el hacha que rompa el mar helado que hay dentro de nosotros»

dad que se dibuja en él ejerce un papel condenatorio y opresor que prefiguraría su narrativa posterior.

Hay dos aspectos en la obra novelesca de Kafka que tienen su origen en sus primeras experiencias laborales: la dilación meticulosa del estilo y el carácter lacerante del contenido narrativo si bien una y otro no carecen de una larvada ironía que hace sospechar que en el fondo Kafka era un fino humorista. No resulta difícil deducir que las construcciones infernales que constituyen el universo kafkiano tienen su origen directo en los minuciosos, mecanicistas y precisos informes que se dedicó a elaborar desde su juventud para el Instituto de Accidentes Laborales del Reino de Bohemia en el que ingresó a los vein-

ticinco años. En dichos informes se extendía de un modo muy técnico, metódico y moroso en las múltiples posibilidades que ofrecían los trabajos manuales de la época para que los obreros se precipitaran al vacío desde los andamios o perdieran dedos y extremidades completas entre las maquinarias de las fábricas y los talleres, así como en las indemnizaciones a las que tenían derecho los mutilados a causa de esa precariedad laboral y en las medidas de seguridad preventiva que debían imponerse. Hay incluso un autor, el tratadista vienés Peter Drucker, que atribuye a Kafka la invención del casco rígido de seguridad para los oficios de riesgo. A esa realidad «kafkiana» con la que tenía que vérselas Kafka en su trabajo,